

¿Tiene futuro la catequesis?

*EMILIO ALBERICH**

¿Qué esperanzas tiene hoy la catequesis? Se diría que, después de tantos esfuerzos de renovación y de relanzamiento en la época posconciliar, vivimos hoy una etapa de estancamiento, de desaliento. Entre los catequistas cunde con frecuencia el desánimo, el pesimismo, al constatar los pocos frutos que su labor obtiene. Y surge espontánea la pregunta: ¿qué está pasando? ¿hay futuro para la catequesis?

Puede ser útil, dentro del marco problemático de este nuevo siglo, echar una mirada global y trazar un panorama, aunque sea breve y esquemático, de algunas perspectivas que parecen abrirse en el horizonte.

I. EL MOVIMIENTO RENOVADOR DE LA CATEQUESIS: ¿UNA ESPERANZA FRUSTRADA?

El Concilio Vaticano II (1962-1965), sin duda el acontecimiento eclesial más importante del siglo xx, trajo un modo nuevo de entender la catequesis, al mismo tiempo que declara de algún modo el fin de un largo período catequístico, propio de la edad moderna, caracterizado por el uso preponderante de los *catecismos* y por la importancia dada a la *memorización* de las fórmulas catequísticas. El Concilio invita a reconducir la catequesis a la fuente primaria de la palabra de Dios, a repensarla en función de la educación

* Miembro de AECA. Profesor de la Universidad Pontificia Salesiana, Roma.

de la fe como actitud existencial y al servicio de un nuevo proyecto de Iglesia¹.

El periodo posconciliar, al menos hasta los años ochenta, fue una época de enorme fecundidad e inquietud en el campo catequético. El impulso del concilio desencadenó todo un conjunto de iniciativas, de reflexiones y de crisis, cuya resultante es difícil de evaluar, dada la complejidad y la riqueza de estímulos de la situación. Superada de algún modo la «época del catecismo», se ha ido configurando un «nuevo rostro» de la catequesis, con rasgos que han dominado en este decenio la reflexión catequética: primacía de la evangelización, centralidad de la Biblia, dimensión antropológica, sensibilidad sociopolítica, opción por los adultos, importancia de la comunidad, apertura a los medios de comunicación y a los lenguajes no verbales, etc.²

Pero a partir de los años ochenta se han manifestado una serie de síntomas, que delatan un cierto *movimiento involutivo*. Voces nostálgicas que quieren volver a una catequesis más tradicional, más sistemática y doctrinal; la insistencia en la integridad y en la ortodoxia del contenido; mayor control de Roma sobre las iniciativas de las Iglesias locales. La preocupación por la doctrina parece que se sobrepone a los problemas de la «significación» del mensaje y de la eficacia de la comunicación.

La aparición y la enorme difusión del *Catecismo de la Iglesia Católica*, desde el año 1992, señala también un evento no exento de ambigüedad. La idea misma de un catecismo universal, abandonada en cierta manera durante los trabajos del Concilio³, revela de nuevo la preocupación priori-

¹ Cfr. E. Alberich, «La catequesis en el contexto del Concilio Vaticano II y el posconcilio», *Teología y Catequesis* (1993) pp. 45-48, 277-292.

² Cfr. E. Alberich, *Catequesis evangelizadora. Manual de catequética fundamental*. Madrid, Editorial CCS 2003, 293-297.

³ Cfr. P. Palazzini, «L'opera svolta dalla S. Congregazione per il Clero nel campo catechistico», en: Sacra Congregazione per il Clero, *Atti del II Congresso Catechistico Internazionale. Roma, 20-25 settembre 1971*. Studium, Roma 1972, 147-212.

taria por los contenidos y favorece una interpretación reductiva de la tarea catequística. De hecho, la acogida otorgada al Catecismo se ha caracterizado por una doble lectura de su significado y de su identidad: la posición oficial lo presenta como *punto de referencia* doctrinal que no sustituye, sino que supone todo el trabajo de inculturación contextualizada y de mediación local; en cambio muchos lo han considerado impropiamente como un verdadero y propio *catecismo universal*, instrumento utilizable directamente en la práctica catequística, incluso bajo la forma de un prontuario o síntesis elaborada en forma de preguntas y respuestas.

En cambio, el *Directorio General para la Catequesis* (DGC), de 1997⁴, es un documento más positivo y estimulante, pues tiene en cuenta y consagra los principales aspectos y conquistas de la renovación catequística posconciliar, al mismo tiempo que orienta toda la catequesis hacia la perspectiva de la evangelización, especialmente como momento central y prioritario del proceso de la iniciación cristiana.

II. UN SISTEMA EN CRISIS

Casi a los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II podemos preguntarnos: ¿en qué punto se encuentra la renovación de la catequesis promovida por el Concilio? ¿ha dado sus frutos o debemos admitir que tantas esperanzas han resultado vanas? ¿funciona hoy la catequesis? ¿hacia dónde vamos? ¿qué futuro espera a la catequesis de la Iglesia?

Una mirada global al panorama de la práctica catequística actual nos presenta una realidad rica y compleja, con luces y sombras. Luces, pues no faltan experiencias positivas y signos de futuro: floración de nuevas formas de comunidad, atención a los ministerios laicales, ricas experiencias de

⁴ Congregación para el Clero, *Directorio General para la Catequesis*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1997 (EDICE, Madrid 1997).

evangelización y de catequesis con adultos, demanda creciente de formación cristiana, formas nuevas de lectura de la Biblia, aumento impresionantemente de itinerarios catecumenales⁵. Pero es necesario reconocer que, vista en su conjunto y en su forma tradicional, la catequesis eclesial muestra signos evidentes de una grave crisis⁶.

He aquí algunos hechos concretos:

- La catequesis de *iniciación* en realidad no «*inicia*», sino que, paradójicamente, «*concluye*». Es el fracaso del *proceso de iniciación cristiana*. A menudo la confirmación, llamada a veces «el sacramento del adiós», «el último de los sacramentos», señala para muchos jóvenes el fin de la práctica religiosa y, quizás también, de la fe cristiana. He ahí la paradoja y el fracaso: el proceso de «*iniciación*» cristiana se ha convertido, de hecho, en proceso de «*conclusión*» de la vida cristiana.
- Crisis de *comunicación y lenguaje*: con mucha frecuencia la catequesis tradicional no es *significativa y no comunica*. Se ha llegado a decir que la catequesis «utiliza lenguajes que nadie entiende, se dirige a auditorios que ya no existen y responde a preguntas que nadie tiene o a problemas que nadie vive»⁷. Es el problema del *lenguaje* y de la *significatividad* de nuestra catequesis. No pocas catequesis resultan ineficaces porque no comunican un mensaje comprensible y significativo para los hombres y mujeres de nuestro

⁵ Cfr. DGC 29.

⁶ Cfr. A. Fossion, *Dieu toujours recommencé. Essai sur la catéchèse contemporaine*, Lumen Vitae/Novalis/Cerf/Labor et Fides, Bruxelles 1997, 7-8; J. Martín Velasco, *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*, Sal Terrae, Santander 2002; L. González-Carvajal, «Situación de la fe y de su transmisión ante la instauración del catecumenado», *Sinite* 44 (2003)133, pp. 195-218.

⁷ Decat-Celam, *La catequesis en América Latina. Orientaciones comunes a la luz del Directorio General para la Catequesis*, Centro de Publicaciones del CELAM, Santafé de Bogotá 1999, núm. 131.

tiempo. Podemos constatarlo muy a menudo, por ejemplo, en el amplio campo de los materiales catequísticos y de los catecismos, incluso oficiales. Es cierto que no faltan esfuerzos brillantes y resultados notables, pero es forzoso reconocer que muchos textos catequísticos están quizás bien elaborados desde el punto de vista bíblico y teológico, pero resultan del todo ineficaces desde el punto de vista catequético.

- Nuestra catequesis, incluida la de los adultos, aparece con frecuencia como algo *infantil y decepcionante*. Desde hace mucho tiempo se insiste en la urgencia y prioridad de la *catequesis de adultos* y en la necesidad de que la catequesis favorezca el crecimiento de *una fe adulta en una Iglesia adulta*. Pero la realidad queda todavía muy lejos de estas proclamaciones solemnes. La catequesis de adultos avanza con mucha dificultad, mientras aún se dedica la mayoría de los esfuerzos catequísticos a la catequesis infantil. Se pone así de manifiesto el carácter de orientación claramente infantil de la praxis catequética, muy lejos todavía de las exigencias y características de una fe adulta en el mundo de hoy. Por lo demás, es necesario reconocer que hay todavía muchas personas, tanto pastores como fieles, que en el fondo tienen miedo de la madurez y prefieren refugiarse en una religiosidad dócil e infantil que resulta más cómoda.
- En la catequesis, sobre todo de adultos, hay que constatar una cierta *crisis de entrada y de salida*. Crisis de entrada, en cuanto que no consigue implicar a las personas a las que debería llegar ante todo. Se ha podido observar que la Iglesia se encuentra especialmente ausente en el mundo de la juventud, de la cultura, del trabajo, de la marginación, en el mundo rural, etc.⁸ Y crisis de salida: la tarea catequética no logra formar el modelo de cristiano concienciado y

⁸ Cfr. Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, *La catequesis de la comunidad. Orientaciones pastorales para la catequesis en España, hoy*, EDICE, Madrid 1983, núm. 52.

comprometido que reclama el mundo actual. Nuestra catequesis continúa siendo demasiado intra-ecclesial y poco evangelizadora.⁹

III. MIRANDO AL FUTURO

Ante este panorama cabe asumir diversas claves interpretativas y perspectivas de solución:

- Algunos achacan todo el mal al *abandono de la catequesis tradicional*, y por ello reclaman la vuelta atrás. Estos identifican la catequesis con su paradigma tradicional, centrado en el concepto de enseñanza doctrinal y en el uso del catecismo, e insisten, por ello, en la primacía de los contenidos claros, completos, ortodoxos.
- Otros le dan la culpa al *mundo actual y a la cultura moderna*, que resulta así demonizada. Están convencidos de que, en un mundo tan alejado de la fe y de la Iglesia, resulta prácticamente imposible la transmisión de la fe. De aquí que se den algunas respuestas lógicas: la llamada a la *cruzada*, para reconquistar los espacios perdidos; o la rigidez de posiciones *fundamentalistas*, como signo de fidelidad al Evangelio en un mundo hostil; o bien la fuga hacia el refugio en el *movimiento elitista* o en las *sectas*, con la convicción de que el mundo actual no tiene remedio de salvación.
- Para otros la cuestión es sobre todo de orden *metodológico* y de actualización de las *técnicas e instrumentos* de la catequesis. Se piensa que una mejor preparación metodológica y un uso más actualizado de las técnicas de la comunicación sean las mejores respuestas a las deficiencias de la práctica catequética actual.

⁹ Cfr. T. Ruiz Ciberio, «Catequesis de adultos», en: Universidad Pontificia de Salamanca, Instituto Superior de Pastoral, *La transmisión de la fe en la sociedad actual*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 1991, 405-413.

Ahora bien, ninguna de estas respuestas resulta convincente y adecuada a la realidad de hoy, tan compleja, pero llena también de signos de esperanza. No faltan opciones y orientaciones que parecen caminar en la dirección justa. Sobre todo se destacan, como dignas de reflexión, estas tres líneas de fuerza: la búsqueda de un *nuevo modelo de cristiano y de Iglesia*, la reconsideración global del *proyecto pastoral* y la asunción de un nuevo *paradigma catequético*.

1. Hacia un nuevo modelo de cristiano, de comunidad y de Iglesia

Partimos de la convicción o, cuando menos, de la sospecha de que la crisis actual de la fe cristiana es, sobre todo, de orden *cultural*. No estaría en crisis el cristianismo en sí mismo, sino «este cristianismo», en su cristianización histórica culturalmente condicionada y, por lo tanto, modificable.¹⁰ Un replanteamiento de la experiencia cristiana en términos culturalmente aceptables hoy se traduce, concretamente, en la búsqueda de un nuevo modelo de *cristiano*, de un nuevo tipo de *comunidad* cristiana y de un nuevo proyecto de *Iglesia*.

Ante todo, la búsqueda de *un nuevo modelo de cristiano*. Algunos prefieren hablar de la búsqueda de una nueva *identidad*, de la necesidad de una nueva *espiritualidad* cristiana, de la exigencia de que el cristiano del futuro sea un «místico», con una fuerte experiencia de fe (Karl Rahner). Constatamos que está en crisis el modelo tradicional del «buen cristiano», fiel a las prácticas religiosas y súbdito sumiso, que se ha convertido para muchos hombres y mujeres de hoy en algo insostenible, carente de sentido, «in-significante». El nuevo modelo de cristiano que podemos vislumbrar deberá ostentar, para

¹⁰ Es la sugestiva tesis de pensadores como: J. Martín Velasco, *El malestar religioso de nuestra cultura*, 9; A. Torres Queiruga, *Fin del cristianismo premoderno. Retos hacia un nuevo horizonte*, Sal Terrae, Santander 2000; M. Kehl, *Wohin geht die Kirche? Eine Zeitdiagnose*, 4 ed. Herder, Freiburg/Basel/Wien 1996.

ser convincente, una nueva relación con la fe, con la Iglesia, con la cultura, con la sociedad. Deberá ser, sobre todo, «creyente comprometido», mientras antes predominaba la figura del «fiel practicante».¹¹

Estamos igualmente en búsqueda de *un nuevo tipo de comunidad cristiana*, espacio de fraternidad vivida y de palabra liberada, de talla humana, capaz de establecer verdaderas relaciones humanas. Es el anhelo de una recomposición del tejido comunitario de la Iglesia, sobre todo en forma de pequeñas comunidades, de base, capaces de mantener relaciones profundas. Se habla de parroquias y de diócesis como «comunidad de comunidades». Pero estamos aún lejos de haber encontrado las soluciones adecuadas: en el actual pulular de tantos grupos y movimientos son frecuentes las tendencias «sectarias», las tensiones, las lesiones a la unidad.

Se impone, además, la promoción de un nuevo *proyecto de Iglesia*. Ante la crisis general de credibilidad de la institución eclesial, sentida sobre todo en los jóvenes, se insiste hoy en la necesidad de una profunda reforma de la institución y la realización efectiva de las perspectivas eclesiológicas del Vaticano II: la prioridad de la fraternidad y de la comunión; la actitud desinteresada del servicio del Reino en el mundo y la opción preferencial por los pobres; una decidida reforma institucional y la superación del clericalismo; el reconocimiento efectivo de las iglesias particulares y de los carismas laicales; la superación de las discriminaciones intraeclesiales, especialmente con respecto a los laicos y a la mujer, etc.

2. Una necesaria «conversión pastoral»

Hoy se siente, asimismo, la urgencia de un giro decisivo hacia *una nueva orientación pastoral* en la acción de los creyentes. Estamos ante una praxis

¹¹ Cfr. Alberich, *Catequesis evangelizadora*, pp. 137-139.

pastoral tradicional, centrada preferentemente en la sacramentalización y en la práctica religiosa, que no tiene futuro, que no es capaz de asumir una auténtica opción evangelizadora ni de responder a los desafíos de la nueva cultura. La llamada a la evangelización (o a la «nueva evangelización») proyecta todo el trabajo pastoral en una perspectiva misionera, para la cual no estamos preparados.

En el fondo de todo se encuentra la necesidad de un diálogo sincero entre la fe y la cultura, en actitud de sincera *simpatía* y de comprensión hacia el mundo de hoy, sin renunciar por otra parte al necesario deber del discernimiento evangélico. Sobre todo se requiere el abandono sin nostalgias de toda visión *eclesiocéntrica* y de todo deseo de revancha o de reconquista de las posiciones perdidas.¹² Han de superarse, desde esta perspectiva, las frecuentes tentaciones, a las que nos referíamos antes, de caer en la rigidez fundamentalista o en la cerrazón elitista o sectaria.

3. Un «nuevo paradigma» catequético

Por lo que se refiere a la catequesis será necesario aceptar sin nostalgias que el modelo catequético «tridentino», que en los últimos siglos ha dominado la escena educativa y pastoral de la Iglesia, ha quedado superado definitivamente.¹³ La instrucción religiosa de carácter predominantemente doctrinal y moral, codificada en numerosos catecismos de la edad moderna, ha cumplido su tiempo y ya no puede responder a los desafíos que exige la comunicación de la fe hoy. Los intentos de vuelta o de conservación del paradigma tradicional parecen condenados totalmente al fracaso.

¹² Resulta aleccionadora la posición de los obispos franceses: Les Évêques de France, *Proposer la foi dans la société actuelle. III. Lettre aux catholiques de France*, Cerf, París 1997.

¹³ Cfr. G. Adler, «Le paradigme perdu!», en: R. BRODEUR - B. CAULIER (Eds.), *Enseigner le catéchisme: autorités et institutions, XVIe-XXe siècles*, Les Presses de l'Université Laval-Le Cerf, Québec-París 1997, pp. 447-455.

¿Qué hacer, entonces? ¿Hay futuro para la catequesis? La reflexión catequética, la experiencia pastoral y la intuición de los más lúcidos observadores del problema permiten entrever algunos rasgos del perfil, necesariamente impreciso todavía, de la *catequesis del futuro*.¹⁴ Los recogemos sintéticamente en torno a algunos conceptos catalizadores: personalización, iniciación, significatividad, inculturación, comunicación, comunidad.

Personalización: la fe y su dinamismo deberán estar determinados, en su vertiente humana, no ya por tradiciones o pertenencias heredadas, sino por una opción personal y su crecimiento en la libertad. Se supone una orientación catequética claramente *evangelizadora*, al servicio de una opción libre, que camine hacia la *madurez*, en función de una fe adulta.

Iniciación: como subraya con fuerza el nuevo Directorio catequético (DGC 63-67), hoy la catequesis ha de ser primordialmente *catequesis de iniciación*, integrada por lo tanto en un proceso de profundización de la opción de fe. En el fondo de esta afirmación se anuncia la urgencia del *primer anuncio* y la importancia al menos de dos opciones preferenciales: por el *catecumenado* (comprendido en su acepción primera de camino hacia el bautismo) y por los *adultos*, los cuales han de llegar a ser los primeros protagonistas en el campo de la catequesis. Estas son exigencias que permiten entrever las transformaciones radicales a las que está llamada hoy la catequesis, si quiere responder a los retos de un mundo en profunda transformación.

Significatividad: más que la integridad y la exactitud de los conocimientos religiosos, será esencial garantizar la *significatividad* del mensaje

¹⁴ Cfr. A. Fossion, *Dieu toujours recommencé, Essai sur la catéchèse contemporaine*, Lumen Vitae/Novalis/Cerf/Labor et Fides, Bruxelles 1997, pp. 41-50; F.-P. Tebartz-van Elst (Ed.), *Katechese im Umbruch. Positionen und Perspektiven*, Herder, Freiburg-Basel-Wien 1998; E. Alberich, «Un nuevo paradigma para la catequesis. Reflexiones y perspectivas catequéticas de un reciente Coloquio sobre la catequesis (París, febrero de 2003)», en *Catequética* 45-1 (2003)1, pp. 2-9.

catequético, que debe aparecer a cada persona «como una apertura a sus problemas, una respuesta a sus preguntas, una dilatación de los propios valores y al mismo tiempo la satisfacción de sus aspiraciones más profundas: en una palabra, como el sentido de su existencia y el significado de su vida».¹⁵ Se desea, por tanto, una catequesis *hermenéutica*, como iluminación de la existencia, y *experiencial*, como comunicación y profundización de una auténtica experiencia de fe.¹⁶

Inculturación: es un término ya consolidado, dada la urgencia de nuevas encarnaciones del cristianismo en el contexto concreto de las diversas culturas (DGC 202-214). Se pide con insistencia la superación de la dramática distancia que existe hoy entre fe y cultura,¹⁷ especialmente en las más típicas modalidades de la cultural actual: la *pluralidad de las culturas* (superación del etnocentrismo europeo), los valores de la *modernidad* (y posmodernidad) y la importancia de la cultura *mediática*, auténtica revolución cultural de dimensión mundial.

Comunicación: la catequesis se configura hoy esencialmente como proceso comunicativo. Al ser la comunicación una de las realidades más determinantes y más estudiadas en la actualidad, la catequesis debe repensar su identidad y su misión en este contexto y a la luz de sus exigencias. En el ámbito catequético se destaca sobre todo la necesidad de respetar las *reglas* y la *ética* de la comunicación. En el centro de esta problemática se encuentra el tema del *lenguaje* y de los *lenguajes* de la catequesis, un problema que toca la médula de la comunicación catequística y que está muy lejos de haberse resuelto. Por otra parte se experimenta también con fuerza la necesidad de promover en la catequesis una pluralidad

¹⁵ Card. A. Cicognani, «Carta en nombre del Papa al IV Congreso Nacional francés sobre la enseñanza religiosa (23.3.1964)», *La Documentation catholique* 46 (1964) N. 1422, col. 503.

¹⁶ Cfr. J. Gevaert, *La dimensión experiencial de la catequesis*, CCS, Madrid 1985.

¹⁷ Cfr. la Exhortación Apostólica de Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 20.

de lenguajes, superando así la tradicional unilateralidad del lenguaje expositivo magistral y valorando más el empleo de los lenguajes no verbales: la imagen, el sonido, el rito, el símbolo, la expresión corporal, etc.

Comunidad: la comunidad cristiana en sus diversas modalidades (familia, grupo, asociación, comunidad de base, comunidad eclesial), se presenta hoy como el lugar por excelencia de la catequesis, en cuanto que permite una auténtica experiencia de fraternidad y de profundización en la fe (DGC 158; 254). Las preferencias se dirigen con claridad hacia la «*pequeña comunidad*», nueva célula de la Iglesia, y hacia la *familia*, cuyas potencialidades catequéticas quedan aún en gran medida por descubrir y por valorar.

Este esbozo de líneas de fuerza, necesariamente esquemático y necesitado de muchas precisiones, permite entrever algunas pautas directrices del trabajo catequético que está por venir. Podemos concluir, en definitiva, diciendo que la catequesis sí tiene futuro, pero con tal que sepamos encarar algunas opciones valientes y comprometidas. Será necesaria una buena dosis de fe, de valentía y de creatividad si queremos caminar con esperanza hacia los nuevos horizontes de la educación de la fe.